



Maura no puede volver al Poder

Cuarenta y ocho horas antes de dimitir irrevocablemente García Prieto, el «Día» publicó un admirable artículo de don Miguel de Unamuno, en el que comentando una frase de La Cierva, el ilustre escritor comparaba la personalidad de este ex ministro con la de Maura.

El hecho de que el rey haya encargado a Maura la formación de Gabinete de actualidad — aunque Maura no pueda formar Gobierno — al artículo de Unamuno. He lo aquí:

«Hay que volver a la irreligiosa frase que, «ex abundantia ventris», le brotó en los días pasados de exacerbación de la crisis crónica ministerial al paisano — que no por eso civil ministro de la milicia profesional o mercenaria — tampoco de la Guerra —, al dictador al dictado, al señor Cierva o de la Cierva — en un tiempo creemos que fué Lacierva —, al prototipo del cacique profesional español. Esa irreligiosa frase, reveladora de toda una terrible filosofía, que alguien llamaría realista, es: «Lo mismo da una cosa que otra; de aquí a cien años, todos calvos!».

«La cuestión es pasar el rato!» — dijo uno de nuestros más castizos filósofos, un filósofo de una de esas tierras barridas por el ábrego, de esas tierras de que han caído sobre la Villa y Corte de los Milagros los gándalos todos de nuestra política profesional, los carreristas y aun carteristas — que se apañan y reficena carteras — de la politiquería. Pero esta frase de «la cuestión es pasar el rato», encarna, al fin y al cabo, una «concepción estética, aunque de bajo esteticismo, de la vida, mientras que la vieja frase: «De aquí a cien años todos calvos!», no encarna sino el más fiero materialismo, el materialismo de un cacique despótico, que no cree en la Historia ni en su sanción.

Este cacique fué, sin duda, el mal ángel de Maura en 1909; fué su demonio de la guarda. Porque el espíritu de don Antonio Maura, hay que reconocerlo, es

un espíritu religioso, profundamente religioso. De su religiosidad brota su civildad política. Don Antonio Maura no diría nunca eso de: «Lo mismo da una cosa que otra; de aquí a cien años, todos calvos!». Don Antonio Maura, ante una calva calavera de cien años, pensaría en la Historia, que es el pensamiento de Dios en el mundo; lo que Dios piensa del mundo, pensará en su responsabilidad ante Dios mismo. Don Antonio Maura sabe que hay una responsabilidad trascendente, que hay algo que está por encima del triunfo, y esto no lo sabe un cacique irreligioso que va a los Consejos de ministros, según se dice, con bastón de mando, y se lo coloca sobre las rodillas.

«Este nombre se nos hace maurista...», se dirá alguno de esos lectores de comprensión estrecha y torpe, que nunca faltan. ¡Pero no! No haya cuidado; este hombre no puede hacerse maurista. Sabe que el maurismo es una cosa execrable y que Maura debe estar solo; para que así mejor sirva a su patria. Su partido, lo que se dice su partido, le pierde. Porque su partido, ese execrable maurismo vocinglero, es ciervista y es irreligioso. Y ese lamentable maurismo es el que le ha hecho claudicar más de una vez — la última más solemne en la Plaza de Toros — a que ha tomado por jefe, a Maura, que no acaba de hacerse, como se hizo Joaquín Costa, a la soledad. Porque queremos creer que la última posición política de Maura, posición religiosa, es la de un solitario. ¿Pues dónde encontrará aquí quien sienta religiosamente la política, quien sienta como una religión civil el patriotismo? Difícilmente lo encontrará, y menos entre los que parecen seguirle y, en realidad, le empujan, aclamándole por jefe.

Estas reflexiones psicológicas nos sugiere la actitud que don Antonio Maura observó durante el último acceso agudo de la crisis crónica que consume, en tisis galopante, al ministro actual. Por debajo de la desastrosa literatura de:





director de la Real Academia Española de la Lengua Castellana—¿por qué escribirá tan mal ese hombre, Dios mío?—se llegaba a sacar en la Nota que don Antonio Maura entregó en la Pronsá un **claro sentido de civilidad y, claro está,**

de civilización. Por debajo de los barrocos retorcimientos de aquellas frases, torradamente conceptistas, y donde se ve el miedo de concretar, se ve que el hombre, el patriota civil, el ciudadano histórico, no es de los que quieren que se soberne a la institución armada para que, por lealtad, defienda a la institución que mejor le pague. Y hay que advertir, además, que don Antonio Maura, que como creyente católico ha de creer en la consustancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no cree en la consustancialidad política o histórica de la Patria y Monarquía. Sabe bien que ésta, como toda institución caduca y sustituible, no es sino un accidente de la Patria, como lo sería la República. Eso de la consustancialidad sólo puede repetirlo como un loro un espíritu tan frívolo como el de don Eduardo Dato, que acaso ni sepa lo que es sustancia y lo que es accidente en la vida histórica de las naciones.

Eso de la consustancialidad, es como aquello otro de la adhesión a la lealtad incondicional. ¿Incondicional? ¿Pero saben acaso lo que dicen los desdichados de alma esclava que se proclaman incondicionales de hombres, de meros hombres, o de instituciones humanas caducas y falibles?

«¡Maura, no!», se puso a gritar una buena parte del pueblo español después de 1909. Pero ha venido el señor Cierva—o el señor de la Cierva, o el señor Lacierva, o como sea—, que es el ángel malo, el demonio de la guarda, la esencia del Maura histórico de 1909, y esa buena parte del pueblo español ha tenido que soportarlo. El espíritu del «¡Maura, no!» ha sido vencido, siquiera pasajeramente, aunque se mantenga en pie la letra. A lo cual ya sabemos lo que nos contestarán los del «¡Maura, no!» y es: «¡Hasta que se votó la amnistía...!» Porque a ésto se ha supeditado mucho. Y lo sabe bien el señor García Prieto, que alguna vez saca en Cristo ante las izquierdas, diciendo: «¡Que así no se llegará a votar la amnistía...!»

que dicen que la política es transacción «¡Do ut des!».

«¡Maura, no!», decimos también nosotros; pero es porque sabemos que Maura no puede volver al Poder sino con los mauristas, y éstos sí que no, ¡nunca, nunca, nunca! Porque él no puede gobernar sólo. Y es y tiene que ser un solitario, como todo espíritu religioso como el suyo tiene que serlo.

¿No puede gobernar sólo? Desde el Gobierno, desde el Poder, no; pero desde fuera de él, sí, y muy bien. «¿Pero es que se puede gobernar desde fuera del Poder?», se nos preguntará. Y diremos que sí, naturalmente. Hay muchos que desde fuera del Poder gobiernan, como hay quienes desde fuera del Parlamento legislan y desde fuera de los Tribunales de Justicia juzgan y condenan o absuelven. Es una superstición política creer que sólo se gobierna desde el Poder, como es otra superstición semejante, imaginarse que hay que ir al Parlamento para formar conciencia civil en la nación, que es en lo que consiste hacer política y hacer civilidad.

Perdónenos o no nos perdoné el lector la franqueza; pero creemos hacer con estos comentarios más política que veinte parlamentarios de los que más discursen en el Parlamento, y creemos también que, cuando de aquí a cien años nuestra cabeza esté tan pelado y monda como la del señor de la Cierva, los ideales que en la nuestra se albergan estarán más fuertes y más frescos y más vivos y más fecundos que el irreligioso realismo atudescado que halla hoy albergue en el seso de ese abogado de la dictadura al dictado.

MIGUEL DE UNAMUNO

